

¿Tesis por encargo?



Dayamis Sotolongo Rojas

Parada delante de la profesora, solo atinó a zambullirse en el bolso en busca de del papel salvador. En él le habían anotado todo: el título, los objetivos, el problema de investigación..., hasta los agradecimientos. Por eso ante la pregunta rutinaria de la profe se aferró a aquellas letras ajenas.

—¿Qué tipo de diseño empleaste?

—Descriptiva transversal, respondió titubeando con el papel entre las manos.

No lo sabe ni hoy que la tesis ha sido archivada en una de las gavetas de casa, que ya ha colgado en la pared de la sala el título de especialista de primer grado en Medicina General Integral.

Porque una enfermedad ha ido contagiando a muchos: las tesis se encargan y se pagan. Da lo mismo si son de alguna especialidad de la Medicina, Derecho, Arquitectura, Estudios Socioculturales... Hay escribas multifacéticos y distinguidos por carreras.

Es un canje *underground*: algunas investigaciones valen 40 CUC hasta con el *Power point* incluido o se cotizan también por páginas; sin más fisco que la tajada en el bolsillo del alumno. Porque por más reacomodos y perfeccionamientos que ha tenido el trabajo por cuenta propia jamás nadie sensato ha aprobado el “hacedor de tesis” como figura en el sector no estatal.

Existen otras actividades lícitas: mecanógrafas, quienes se dedican a las impresiones, fotocopias, escáneres, que también se utilizan en pos del proyecto final, pero que no implican ceder los derechos del autor —y más que eso sus conocimientos— a alguien ajeno que, en primera instancia, lo más que va a hacer es cortar y pegar.

Ya es cuestión de moldes, dicen

muchos. Pararse encima de otro proyecto, cambiar títulos y problemas investigativos, cotejar estadísticas y reescribir resultados. ¿Ganancias? El estudiante solo acopia algunos datos y se gradúa, no pocas veces, con 5 puntos y el escriba gana pesos de más con esfuerzo de menos.

¿Y los tribunales no advierten el calco reiterativo? ¿Y a quienes pagan no les duele el engaño? Hay silencios que revelan complicidades. Se hace, creo yo, porque por más que se proclame que la ciencia debe ser la garantía para respaldar cada una de las decisiones que se tomen es pura teoría, en la práctica las tesis no pasan de ser un mero ejercicio académico y no tan científico. Y es que un resultado ha ido generalizándose por años: las soluciones propuestas en muy pocas ocasiones se tienen en cuenta para transformar la realidad que se estudia.

Hasta hoy en las universidades espirituanas se trata tan solo de una incertidumbre y no hay modo probado para llegar a certezas. Así lo reconocen vicerrectores de la Universidad de Sancti

Spiritus José Martí Pérez (Uniss) y de la Universidad de Ciencias Médicas (UCM). En tal sentido, el doctor en Ciencias Agrícolas Pedro Fuentes Chaviano, vicerrector de la Uniss, asegura: “Es difícil de detectar. Como regla, los trabajos de diploma responden a proyectos de investigación o a problemas de la producción o los servicios donde han hecho sus prácticas laborales y siempre tienen un tutor por la universidad.

“También se realizan talleres de tesis donde el estudiante tiene que venir a explicar lo que ha hecho hasta el momento y debe hacerlo acompañado de su tutor. No obstante, cada facultad en su plan de prevención tiene establecido un grupo de medidas para detectar cualquier tipo de fraude en los ejercicios de terminación de estudios”.

Con tales mecanismos se pudo descubrir, según la propia fuente, un plagio hace cinco años atrás. A escasos kilómetros, en la UCM, la realidad se asemeja. El doctor Luis Manuel Piñero Pérez, director de Posgrado de la mencionada casa de altos estudios y vicerrector académico en funciones, no

descarta la posibilidad de que las tesis puedan ser vulnerables.

“No hay mecanismos para detectarlo —afirma Piñero Pérez—; puede existir la duda. No hay nada institucionalizado para tener certeza de que el producto presentado desde el proyecto hasta el final no lo haya hecho el estudiante. De darse esos casos, cada cual desde la moral puede combatir el fenómeno”.

Concuerdan todos en algo: es más común en los estudios de pregrado. Así lo cree el doctor en Ciencias Juan Emilio Hernández García, director general de Desarrollo de la Uniss: “En los programas académicos de maestría y doctorado se es más riguroso y hay menos masividad. El riesgo existe, pero hasta ahora no se nos ha dado ningún caso. No hay que confiarse, sino perfeccionar”.

Tampoco piense usted que tal modalidad investigativa deviene un invento cubano. En mis pesquisas sobre el tema he aprendido más: es un negocio internacional. Tanto que algunos conocidos hasta me han confesado de contratos con universidades extranjeras y de la maestría adquirida en hacer marcos teóricos o diseños metodológicos lo mismo de Historia del Arte que de Ingeniería Civil.

Más de una vez a algunos alumnos hasta les han virado cuartillas para atrás por errores y más de una vez han tenido que volver a pagar. Es uno de los riesgos y de los yerros. Los otros gazapos más dolorosos, tal vez, sean las lecturas que no siempre se hacen: que el médico aquel solo conozca las cifras, por ejemplo, de los hipertensos que viven en su área de Salud, pero que en el fondo con la investigación presentada no tenga ni idea de cómo revertir la situación de salud; o que el ingeniero tal solo sepa los enunciados de lo que supuestamente investiga desde tercer año de la carrera.

Descubrir tal timo es, quizás, una labor para Sherlock Holmes, porque se hace, se sabe y deviene otro de los muchos asuntos que solapamos. Y el único resultado probado hasta hoy es esa estafa al conocimiento individual.

Lo más pernicioso es que hayamos llegado a ese punto en que las tesis son otra de las tantas cosas que se compran así, por encargo.



Anglicismos de moda

Desde que Carmen salió de casa sabía que al final del día tenía que tomarse un *break* para relajar tensiones. De igual forma su vecina adelanta su quehacer para en la tarde conectarse a través de la *wifi*, hablar con sus amistades y actualizar sus conocimientos en torno al mundo de la moda.

Del otro lado de la cuadra las muchachas más jóvenes permanecen durante horas cambiando su *look*, porque les resulta más cómodo que transformar su imagen, y los muchachos del barrio se preparan para irse de *party*. Claro..., a divertirse, a tono con las costumbres de la *high life*.

Así, de a poco, este torbellino de términos foráneos mueve la actual rutina idiomática y, en lugar de enriquecerla, desampara nuestro vocabulario, además de la nacionalidad. Eso sin contar que, en el afán de insertar este léxico a nuestra vida, muchas personas lo pronuncian con un

estilo perfeccionista, y hasta con la más burda deformación.

Dichos anglicismos constituyen un tipo de extranjerismos que apelan al uso de vocablos extraños al español. Son préstamos lingüísticos, un procedimiento que utilizamos a menudo con el propósito de “enaltecer” nuestro vocabulario.

En concreto, el préstamo léxico es el más frecuente, y se produce cuando aparecen por primera vez términos que no existen en nuestra lengua. Si tributan a la elegancia del dialecto, son bienvenidos; sin embargo, en ocasiones ocurre el efecto contrario: palabras que ya existen se dejan de usar y desaparecen por el uso de extranjerismos.

Tanto es así que lingüistas de la Real Academia Española (RAE) manifiestan que los idiomas cambian, inventan voces, introducen las de otros o modifican las propias. “La lengua nos permite vivir en la época moderna, y los anglicismos

pueden ser oportunos siempre y cuando se tenga conciencia clara del lenguaje, aunque hay cosas estremecedoras”, refieren los catedráticos.

La situación se torna más compleja cuando emerge el desconocimiento del idioma del cual hemos bebido todo el tiempo. Aun cuando el habla rara vez se basta por sí misma, porque necesita de otros para suplir vacíos inexistentes, precisa de cuidados en cada país o región.

A pesar de su permanente evolución y constante contaminación, hay que saber poner límites en el uso desmedido y gratuito de extranjerismos, en este caso de anglicismos. Estos últimos ya inundan el campo semántico de la comida, el arte, el deporte, entre otros de la sociedad, pues aparecen términos como *hot dog* para referirse a los gustados perros calientes, *ranking* para hablar de orden y *casting* para aludir a selección.

Tales terminologías han ejercido

y ejercen una gran influencia sobre el habla del cubano, que es una esponja. Importados directamente de los vecinos del norte, o a través de la emigración, muchos anglicismos llegaron —hace tiempo— para quedarse: bróder (*brother*), blúmer (*bloomer*), bisté (*beefsteak*), estraple (*strapless*), show (*show*)...

Como resultado, cada vez es más frecuente que las personas los utilicen en lugar de su alternativa en español. Y es que mientras para algunos el uso del inglés es un rasgo de distinción y modernidad, para otros es pedantería. A propósito, la RAE lanzó una campaña para criticar esta moda y defender el uso de términos en español siempre que sea posible.

De ahí la necesidad de impedir que su uso se expanda sin el mínimo control. Aunque la solución no es declararle la guerra al inglés, sí es determinante preservar la esencia de nuestra lengua.

Del mismo modo, debido



Greidy Mejía Cárdenas

al empleo excesivo de estas palabras inglesas, excluimos a otros individuos que no conocen y no tienen por qué conocer este léxico, como son nuestros abuelos o padres. De cada uno de nosotros depende entonces elegir una palabra de origen inglés o una más propia.

Todo por defender la autenticidad de la lengua que nos identifica. Y es que el habla es la imagen que traslada cada ciudadano sobre su país. Por eso, urge aminorar el uso de los extranjerismos que arrollan y sustituyen las palabras genuinas.

Recordemos que la elegancia no está en lo foráneo de los términos, sino en la verdad que los identifica en medio de un entorno extranjerizante que nos consume; asunto que se cuece en un proceso de adaptación como la vida misma.